



El árbol sus frutos

Domingo 8 del tiempo ordinario

Lucas 6, 39-45

En aquel tiempo, dijo Jesús a los discípulos una parábola:

- «¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo?

Un discípulo no es más que su maestro, si bien, cuando termine su aprendizaje, será como su maestro.

¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano:

“Hermano, déjame que te saque la mota del ojo”, sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano.

No hay árbol sano que dé fruto dañado, ni árbol dañado que dé fruto sano.

Cada árbol se conoce por su fruto; porque no se cosechan higos de las zarzas, ni se vendimian racimos de los espinos.

El que es bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque lo que rebosa del corazón, lo habla la boca.»

Reflexión:

El Evangelio de hoy está compuesto por distintas comparaciones, imágenes y sentencias de Jesús. Cada una daría para reflexionar sobre ella. Quiero detenerme un rato en la última comparación, la del árbol y sus frutos.

Mediante esta imagen, el Evangelio nos da hoy un criterio de discernimiento, una lección de prudencia sobrenatural. Para juzgar a un hombre, un movimiento, una doctrina, no debemos dejarnos llevar por sus apariencias o sus declaraciones. No debemos fijarnos en sus palabras, sino hemos de mirar sus obras y sus realizaciones. “Cada árbol se conoce por sus frutos”, nos recuerda Jesús.

Es por eso que no nos convencemos demasiado de prisa. Nos gusta conocer las frutas, observar la eficacia, fijarnos en los hechos y en los resultados. El Padre José Kentenich, Fundador del Movimiento de Schoenstatt diría: ¡queremos observar la resultante creadora!

Pero más provechoso todavía nos resulta, utilizar este criterio no solamente en lo que se refiere a las demás, sino emplearlo también con nosotros mismos. Así sabremos si somos realmente auténticos cristianos o no.

También nosotros somos como los árboles. Y la pregunta es, si producimos frutos útiles, sabrosos, provechosos para Dios y para los demás. ¿Los hermanos vienen a confortarse y alimentarse de nosotros? ¿Se dirigen a nosotros cuando necesitan un consejo, una ayuda, un servicio?

Y allí cabe esa otra palabra de Jesús, tan clara y contundente: “No el que dice ‘Señor, Señor’ entrará en el Reino de los Cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre” (Mt 7,21).

Hoy hemos venido a esta Eucaristía y decimos: “Señor, Señor”. Pero esto no basta, si no consigue cambiar nuestra vida de cada día, si no nos lleva a cumplir la voluntad del Padre. Y la voluntad del Padre nos exige justicia para con los que dependen de nosotros, amor para con los que nos rodean, ayuda para con los que la necesitan.

¿Para qué reunirnos aquí todas las semanas para cumplir unos cuantos ritos y oraciones, si al salir no ha cambiado nada en nuestro corazón, en nuestra conducta, en nuestras costumbres? ¿Para qué participar en esta Misa dominical, si al salir no nos amamos más que antes, si no nos reconciamos con los hermanos alejados?

Es el peligro de toda religión: realizar gestos y ritos sin cambiar el comportamiento de cada día. No nos servirá de nada, apoyarnos en nuestras Misas dominicales, cuando llegue el día del juicio: sólo entrarán al Reino celestial los que cumplen la voluntad del Padre.

O nuestras confesiones. Nuestras confesiones no nos sirven para nada si no nos enseñan a perdonar, también nosotros, a cuantos nos han ofendido. Solo hay una cosa que Dios no puede perdonarnos: que no perdonemos nosotros mismos a los demás. No hemos recibido el perdón de veras, si no lo hemos transmitido a los otros. No hemos conocido el amor de Dios si no amamos a nuestros hermanos.

Cristo ha querido una religión en espíritu y en verdad, no una religión de frases y fingimientos. Los frutos que demos, han de ser testigos de la vida divina que mora en nosotros. Nuestra conducta debe responder de nuestra fe. Nuestro amor a los hombres debe probar nuestro amor a Dios.

Queridos hermanos, al salir de la Eucaristía de hoy, ojalá haya cambiado algo, no sólo en nuestro amor a Dios, sino también en nuestra relación para con los hermanos.

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt